



- ◆ Trabajo realizado por el equipo de la Biblioteca Digital de la Fundación Universitaria San Pablo-CEU
- ◆ Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 del T.R.L.P.I. (Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 12 abril 1996)

LA PRENSA ESPAÑOLA EN LA CRISIS DEL 98

Luis Núñez Ladevéze

Catedrático de Periodismo, Universidad Complutense de Madrid

LA PRENSA A FINAL DE SIGLO

Las estadísticas de que disponemos sobre la prensa española en 1898 son deficientes, escasas y poco fiables. La mayor parte se obtienen a través de fuentes indirectas. Para comprender su significado es importante disponer también de datos complementarios. Seleccionaré algunos que sean significativos.

En 1898 Madrid es una ciudad de apenas medio millón de habitantes. El índice de analfabetismo en España durante el último cuarto de siglo era del 72%, casi tres veces superior a la media europea, que puede

estimarse en torno al 25%. En Francia, por ejemplo, era del 15%, en Bélgica, del 34%. La población española se acerca a los 17 millones de habitantes, de los cuales pueden considerarse lectores potenciales algo menos de cinco millones de personas, de los que sólo el uno por ciento, unas cincuenta mil personas, posee formación universitaria. Si se añade la formación media superior y la que se imparte en los seminarios, entonces de gran importancia en términos relativos, es decir, si se tiene en cuenta su proporción con la universitaria, el número de personas con formación superior alcanzaría el uno por ciento del total de la población, algo más de 160.000 individuos.

En esas circunstancias es natural aceptar el criterio de un historiador de los medios de información cuando considera a la prensa como "un fenómeno enormemente elitista y con predominio numérico de personas ligadas a una economía tradicional o agraria. Un panorama poco alentador y bastante alejado del elenco de cambios necesarios para la aparición de una prensa de masas" ⁽¹⁾.

⁽¹⁾ TIMOTEO ÁLVAREZ, J., *Restauración y prensa de masas*, EUNSA, Pamplona, 1981, págs. 204-205, "Este elitismo se acentúa y complica si recordamos que, según las estadísticas de E. Molins para 1877 y de Lapeyre para 1882, el 43,15% de todas las publicaciones españolas nacen en Madrid y el 16,05% en Barcelona... Según los datos de la encuesta de *El Liberal* (2 de octubre de 1879) y las listas mensuales de la *Gaceta*, cada uno de los tres diarios más importantes tienen, por sí solos, y excluyéndose lógicamente, una tirada muy superior a la de todos los diarios de España, especialmente

Esta descripción, válida como apreciación genérica, puede ser, sin embargo, matizada en muchos aspectos. Podría dar lugar a estimar que la prensa española del 98 es de orientación tradicionalista y que expresa mayoritariamente actitudes o idearios conservadores. No es así. La larga experiencia de inestabilidad política que ha dominado los primeros tres cuartos de siglo de la historia decimonónica española, induce a los políticos de la Restauración a establecer la alternancia en el poder como procedimiento de garantía para asegurar la perdurabilidad del sistema político. La propensión integradora del método, que consigue asimilar partidos rivales y permite convivir a disidentes republicanos con un régimen monárquico liberal, facilita que surja con gran fuerza una prensa de ideario liberal, a veces republicana y, en muchos casos, incipientemente socialista. Hay, además, una prensa de poco desarrollo, casi marginal, pero cuyo radicalismo es patente. Madrid cuenta con medio centenar de publicaciones periódicas, pero se pueden contar con los dedos de una mano las que superan una tirada de diez mil ejemplares diarios.

si se excluye uno o dos de Barcelona". Según este mismo historiador de la prensa española, las tiradas de los principales diarios madrileños en 1880 eran: *El Imparcial* 40.772; *El Globo* 23870; *El Liberal* 22.424; *El Siglo Futuro* 4023; *La Época* 2.012.

No incluye las de *La Correspondencia de España*, en aquella época el de máxima difusión, aunque en 1898 ya había sido superado por *El Imparcial* que, según fuentes, había alcanzado cerca de 80.000 ejemplares, aunque el periódico alardeaba de haber conseguido 140.000, *id.* 360.

No cabe duda, sin embargo, de que en España las ideas liberales y progresistas están impregnando una estructura social en la que sólo en estratos muy limitados pueden entenderse, asimilarse y discutirse a fondo. Y no se trata solamente de comprobar que gran parte de la población vive todavía desvinculada de los profundos cambios sociales aparejados al proceso de industrialización, fragmentario y arrítmico, sino también de que la ambivalencia de ese proceso, en el que intensas transformaciones conviven con modos de vida impermeables al cambio, se expresa igualmente en el dinamismo periodístico. Por eso hay que distinguir entre *las ideas que se exponen y las formas de organización institucional en que fraguan* antes de afrontar el tema específico de esta exposición: *el lenguaje periodístico en que se expresan*.

1. *Las ideas*

La mayoría de los periódicos influyentes en la sociedad madrileña cabría calificarlos de liberales. El sentido de la palabra ha cambiado por lo que desde la perspectiva actual tal vez fuera preferible caracterizarlos como progresistas. Si se prescinde de *La Época*, órgano expresivo de la gran burguesía y de la aristocracia conservadoras, que se adquiere casi completamente por suscripción, la prensa de mayor tirada e influencia, la que comienza a entender el periodismo como una actividad profesional específica y el periódico como algo

más que un instrumento apologético, ya de agitación social, ya de resistencia, la que sirve de cauce a la expresión crítica y al comentario de los principales intelectuales de la época, debe calificarse de liberal e incluso, en muchas ocasiones, de radical. Hay, ciertamente, una prensa tradicionalista exponente de la resistencia del Viejo Régimen a desaparecer y de las actitudes añorantes de un catolicismo ultramontano, pero no es el periodismo que importa, ni el que informa y pugna por establecerse como una institución empresarial, moderna y profesionalizada.

2. *Formas de organización institucional de la actividad periodística*

Desde el punto de vista sociológico, España vive la transformación de una sociedad agraria y analfabeta, tradicional en sus costumbres, en la que aún se transmite el sistema de valores ligado a un histórico pasado cuyo último vestigio manifiesto son los restos coloniales que acaban de perderse en el llamado "desastre" del 98. La actividad periodística representa principalmente, por un lado, el tránsito a valores emergentes, valores extraños al sentido de lo que fue la aportación de la historia española en la modernidad. La colonización de América se basaba en un sistema administrativo y comercial específico. Los valores histórico-culturales en que cristalizaba esa aportación hispánica a la modernidad resultaron más frágiles que aquellos otros con los que rivalizaron. Como a la postre prevalecieron esos

valores extraños a lo hispánico y la decadencia mostraba que no sólo era imposible su recuperación sino que tampoco era posible competir con las axiologías dominantes en la modernidad —el positivismo y el idealismo ilustrados como fundamento epistemológico de la ciencia positiva— a finales del siglo XIX era imperativo para parte de muchos intelectuales críticos españoles prescindir del lazo con el esplendor pasado y adaptarse a los criterios dominantes. La pérdida de Cuba fue la experiencia que catalizó esa enseñanza.

Por otro lado, las manifestaciones de esa actividad periodística estaban entreveradas de adherencias a esos valores cuya definitivo fracaso histórico quedaba expresivamente simbolizado con la derrota en la guerra. Adherencias que se advierten principalmente en el lenguaje utilizado y en los procedimientos elocutivos a los que se recurre para apaciguar los efectos psicológicos provocados en la conciencia colectiva por el "desastre". Se produce así una simbiosis discursiva entre las pretensiones de los ideales nuevos que tratan de abrirse paso en la resistente urdimbre de ideas, hábitos y modos de vida anquilosados, y las formas retóricas a las que se recurre para expresar esa novedad de modo que se mantenga a la vez una relación de coherencia entre los sentimientos de desánimo y frustración provocados por la magnitud histórica del fracaso y las aspiraciones regeneradoras de adaptación a las circunstancias, de renovación y de progreso.

Ese tránsito es todavía tan confuso que el proceso de institucionalización periodística impulsa formas anticuadas propias de los momentos iniciales del decurso mientras pugna por consolidar el método específico del periodismo moderno, orientado a anteponer los intereses del lector a cualquier otro interés, que concibe la organización del periódico como actividad predominantemente empresarial y favorece la progresiva profesionalización del oficio. Describamos, primero, esas formas periodísticas caducas que todavía persisten, pero están en trance de sustitución por un modelo más activo y dinámico y con el que, a finales de siglo, conviven simultáneamente.

* *El periodismo personalizado.* En primer lugar, el que se ha llamado *periodismo personalizado*. Muchos periódicos son todavía concebidos como mero instrumento personal de los intereses de un líder político a los que el periódico queda vinculado. Generalmente se trata de políticos liberales. Resumiré esta forma de periodismo con un texto prestado:

“Órgano de Sagasta era *El Correo*. *El Tiempo* era el medio de expresión en la prensa de Silvela, que redactaba personalmente los artículos de fondo; en sus páginas publicó el 16 de agosto de 1898 el célebre artículo Sin pulso, que inauguraría la literatura del ‘Desastre’. *El Nacional*, por su parte, era afecto a su enemigo dentro del partido conservador, Romero Robledo. *El Día*, fundado por el marqués de Riscal en 1880, fue adquiri-

do por Moret en 1886. Cuando ya muy a fines de siglo surja dentro del partido liberal la escisión capitaneada por Gamazo, tendrá en seguida su órgano en *El Español*. *El Resumen* era órgano de la Izquierda Dinástica del general Serrano y *El Mundo*, portavoz de Martos."

Se comprenderá que una prensa condicionada por estos particularismos difícilmente podría asegurar su continuidad:

"En general, estos periódicos personalistas cumplieron su misión de servir de vehículo a las ideas y aspiraciones de sus inspiradores, pero no lograron el favor del gran público, que se dirigía masivamente a los grandes diarios informativos independientes. En realidad, no pretendían tales periódicos llegar a la opinión pública, sino al estrecho círculo del mundo político, y en ese terreno tuvieron una influencia nada desdeñable."

En una convivencia como la española de finales del siglo XIX, escindida entre la sociedad analfabeta, agraria y tradicional, y la sociedad ilustrada que leía los periódicos, la eficacia del periodismo personalista se alimentaba de la propia segregación social entre la minoría de ciudadanos activos, con capacidad para contribuir en la orientación de las decisiones políticas, interesados en participar o sencillamente en comprender la vida pública, para consolidarla, criticarla o rectificarla, y el pueblo iletrado, analfabeto, incapaz de in-

terpretar o de comprender el valor orientativo de la información.

La transformación industrial, de la cual es un signo inequívoco el periodismo, es todavía muy localizada, no hay posibilidad de que se generalice a través de la comunicación entre estratos sociales y culturales superpuestos. El proceso de homogeneización colectiva, característico de la democracia, donde la selección social se hace a partir de un sistema de educación y de información comunes, prácticamente no avanza, convive con una sociedad escindida en dos modos de vida culturalmente incomunicados o comunicados de modo incipiente. Siendo, pues, cuantitativamente tan limitado el ámbito donde la influencia periodística resulta efectiva —aunque cualitativamente resultara eficaz— es natural que prosperasen los órganos de difusión al servicio de intereses personales ⁽²⁾.

⁽²⁾ Otros ejemplos típicos son *El Resumen*, que representaba los intereses del general José López Domínguez, ministro de la Guerra cuando comienza el definitivo conflicto cubano con el llamado *grito de Baire* el 24 de febrero de 1895; y el diario *El Correo*, periódico que llegó a ser órgano del liberal Ángel Urzáiz, ministro de Hacienda en varios gobiernos. También está ligada a esos condicionantes personalistas la rivalidad entre los periódicos *El Progreso* y *El País*. Fundado este último en 1887 como órgano de Ruiz Zorrilla, jefe de Partido Progresista, al morir éste el partido se escinde. Antonio Catena, el propietario del periódico rechaza el relevo en el liderazgo del doctor Esquerdo, por lo que el director del periódico, que a la sazón era Alejandro Lerroux, quien apoyaba al doctor, funda *El Progreso*.

* *El periodismo ideológico*. El segundo tipo de periodismo puede calificarse de *ideológico* y adolece de parecidas limitaciones que el anteriormente descrito. La prensa más tradicionalista añoradora de los valores del Viejo Régimen adopta una actitud de apologética resistencia al cambio, mientras la aparición de nuevas ideologías que tratan de despertar la conciencia ciudadana de la gran masa de población que comienza a poblar las grandes ciudades y a influir en la masa rural recurren también al periodismo como instrumento de captación ideológica y partidista. Son periódicos confesionales o de partido, entre los que cabe destacar *El Siglo Futuro* por un lado, y *El Socialista* por otro, un periódico que no admite publicidad, como los más influyentes.

Ambos modos de entender el periodismo están destinados a languidecer en favor de una tercera forma que concibe la actividad periodística como una empresa comercial al servicio del lector realizado por profesionales libres. Es el mundo del mercado liberal que se abre eficazmente paso a través de periódicos convertidos en soportes publicitarios. No sólo comienzan a competir para disputarse el lector sino que rivalizan también en la búsqueda de publicidad, venciendo la resistencia del periodismo ideológico, que menosprecia la publicidad y censura el mercantilismo empresarial en que se basa la independencia política ⁽³⁾.

⁽³⁾ El último bastión en Europa de periodismo de partido fue el diario *L'Unità* que en enero de este año decidió convertirse en sociedad por acciones.

Comienza a surgir en los principales periódicos la plena conciencia de que la actividad que el periodista realiza es de carácter profesional, ha de ser independiente de los poderes públicos y ha de consolidarse mediante una organización de la empresa orientada a servir al interés general de los lectores más que a los intereses de grupo, partidistas o ideológicos. Se inicia el proceso de interacción entre la selección profesionalizada de la información, la orientación de ese trabajo periodístico a satisfacer las necesidades informativas del lector y las inclinaciones y preferencias de una opinión pública todavía sectorial pero que va adquiriendo paulatina consistencia y autonomía propia. En los principales periódicos se invierte la relación de valores. Lo principal es informar y orientar la opinión del lector, lo subordinado es expresar una actitud o una tendencia. Aparecen entonces nuevas preocupaciones propiamente periodísticas, como la resistencia a la censura, asunto que durante la guerra es especialmente conflictivo ⁽⁴⁾, la

⁽⁴⁾ *El Heraldo* publica el 29 de julio un comentario que titula "El lápiz rojo" donde da cuenta del extremado rigor de la censura previa: "Varios son los periódicos que hoy han visto perturbadas sus tareas... por el extraño rigor con que se ha ejercido la censura. El lápiz rojo se sentía con tales alientos para su trabajo que ha pasado hasta sobre el sello de la Capitanía General, tachando esta tarde lo que autorizó esta madrugada... Confiamos en que la censura no nos impedirá el ejercicio de esta acción de derecho, la cual se limita a exponer los efectos de un sistema..."

El día 31 vuelve a quejarse en su editorial "Para el día siguiente": "el poder cierra las puertas y la luz imponiendo silencio a la tribuna libre y a la prensa. Casi todos los periódicos están siendo víctimas, lo mismo que el *Heraldo*, de la severidad

importancia de la publicidad para asegurar la actividad editorial y el interés por la colegiación de los profesionales. La discusión de estos temas genera intensos debates entre los que critican la adaptación de esos procedimientos y los que los ven en ellos el camino correcto a seguir.

* *El periodismo empresarial.* Esta adaptación a los gustos y expectativas del lector potencial, ese interés por ganar lectores, estimula la rivalidad de los periódicos, fomenta la competencia y consolida el planteamiento empresarial de la actividad. El periodismo pasa de ser

con que la previa censura ha respondido a las ofertas del Sr. Sagasta de mejorar la situación de la prensa." En la junta que se organizó para tratar este asunto se propuso suspender la publicación de todos los periódicos políticos. En la información se lee: "El secreto está roto y no hay para qué callar. En aquella junta se propuso suspender la publicación de todos los periódicos políticos (se refiere tanto a los órganos personalista e institucionales como a los que dan información sobre política nacional), habiendo sido el *El Imparcial*, *El Nacional*, *El Heraldo de Madrid* los primeros en declarar que estaban dispuestos a la suspensión inmediata sin repar en ningún género de pérdidas ni sacrificios.

Votaron en el mismo sentido diez periódicos más, a saber: *El País*, *El Progreso*, *El Resumen*, *El Correo Español*, *El Siglo Futuro*, *El Día*, *Los Debates*, *La Correspondencia Militar*, *El Correo Militar* y *El Ejército Español*.

La Correspondencia de España se abstuvo... *El Liberal* votó resueltamente en contra. Los periódicos conservadores *La Época*, *El Tiempo* y *El Estandarte*, como órganos de un partido, declararon noblemente que a la opinión de su jefe habrían de atenerse... *El Globo* se opuso también a la suspensión.

Y como ésta no podía tener eficacia si no era colectiva, quedó por el pronto desechada..."

un instrumento político a ser un negocio, de ser un medio de propaganda ideológica a un servicio a los lectores, y de un oficio de políticos que transitoriamente ejercen de escritores a una profesión en la que conviven intelectuales junto a informadores.

La adaptación a las exigencias reguladoras de la opinión pública lleva otros efectos aparejados. El lector al que se trata de captar no es precisamente un intelectual, un universitario que se mueve por ideas, que dispone de tiempo o de la preparación o de la disposición psicológica indicada para dedicar su atención a textos discursivos. El lector que comienzan a disputarse los periódicos es un profesional medio, agobiado por su trabajo y más predispuesto a olvidar en su rato de ocio los sinsabores de la vida laboral que a interesarse por los grandes problemas. Reacciona más fácilmente a los estímulos emotivos que a los elocutivos. La propia profesionalización de su oficio incita a los periodistas a adaptarse a esas preferencias generalizadas de los lectores en las que el aliciente psicológico prevalece sobre el intelectual. El estímulo profesional de satisfacer las inclinaciones subjetivas y emotivas de los lectores convive con la necesidad objetiva de informar sobre los asuntos de interés público, disociándose dos criterios de selección informativa que, con el tiempo, generarán dos modalidades de periodismo, el llamado de interés general o de calidad y el llamado periodismo popular que, a veces, degenera en el sensacionalista.

Veamos más de cerca el origen de esta diferencia. La participación democrática en la gestión de los intereses comunes en una sociedad industrial compleja, articulada bajo procesos de división del trabajo social y de progresiva especialización del conocimiento científico, administrativo y técnico, requiere aptitudes intelectuales que permitan comprender el sentido de las decisiones, su trascendencia para la colectividad y los individuos, y prever sus efectos sociales. La comprensión de la información relativa a la toma de decisiones políticas y administrativas sobre esos aspectos de la vida en común que se expresa, por lo demás, en lenguajes especializados, requiere un esfuerzo intelectual del lector que puede ser poco compatible, bien con su grado de preparación, bien con su cualificación profesional o técnica, bien con la propensión a la pasividad en su tiempo disponible, el que preferentemente ha de destinar a la lectura del periódico.

En ese proceso de acomodación de los criterios profesionales del periodista a la psicología del lector, los periódicos sirven simultáneamente como medios de información de interés público y como medios de entretenimiento o de satisfacción del interés psicológico. La posterior distinción entre *periódicos de calidad* informativa y de opinión autorizada, y *periódicos de mero entretenimiento* o de satisfacción de sensaciones emocionales, tiene este origen, aunque en España el periodismo sensacionalista propiamente dicho no tuvo nunca fortuna porque la originaria escisión entre la población analfabeta y la lectora impidió que fraguara una autén-

tica prensa popular o de masas. Cuando la sociedad ya estaba suficientemente alfabetizada y preparada para absorber esa diferencia, el periodismo estaba tan evolucionado que la revistas llamadas del corazón, la televisión y la radio ocuparon ese espacio vacío sin dejar terreno disponible a la expansión de una prensa popular similar a la de otros países.

* * *

Este es el panorama general de la prensa española en 1898. Teniendo en cuenta esas características, propuse a una quincena de alumnos de mi curso de Doctorado sobre "claridad lingüística en el lenguaje periodístico" y a un centenar estudiantes del Curso de redacción que comparasen las formas retóricas y los recursos expresivos de los periódicos que hace un siglo se publicaban en España con los actuales. Naturalmente, el tipo de examen realizado por unos y otros universitarios fue de naturaleza diferente. En lo que sigue me atenderé a proporcionar a los asistentes a este simposio organizado por la Universidad de Wyoming los aspectos que me parecen más sugestivos del examen realizado por los estudiantes españoles.

El trabajo tuvo dos objetivos principales. Por un lado, el estudio de las formas retóricas. Por otro, el de las formas expresivas.

LA RETÓRICA PERIODÍSTICA

Las tesis que expondré a continuación se basan en la interpretación selectiva de textos editoriales de los periódicos aportados por los estudiantes. Primero ofreceré una síntesis significativa del sentido global de los textos analizados. Se trata, pues, de una interpretación. Luego leeré algunos de los párrafos más significativos, bien entendido que han sido seleccionados porque se adaptan a las tesis que antes expondré.

1. *El sentido histórico de la guerra*

Ya hemos dicho que uno de los rasgos del periodismo español de fin de siglo es el entreveramiento de los valores emergentes y las nuevas ideas, y los valores representados por esa específica tradición hispana cuyo fin queda históricamente sancionado por el *desastre* del 98. La misma actividad periodística manifiesta los equívocos que gravitan sobre esa crisis que termina definitivamente con el esfuerzo de orientar la modernidad bajo los principios que impulsaron la labor colonizadora española.

El repaso a esas manifestaciones retóricas permite comprender hasta qué punto el conflicto tenía para los españoles motivaciones más profundas que la defensa por la metrópoli de un territorio colonial frente a un sentimiento independentista alentado por una nación

extranjera cuya proximidad geográfica la incita a integrar la isla en su creciente ámbito de influencia. Desde la perspectiva actual podemos interpretar la guerra de Cuba como la primera manifestación explícita de un tránsito imparable que se inicia con los procesos de independencia nacional de los territorios americanos y que conduce a *la progresiva sustitución del sistema de dominación colonial por el sistema de dominación comercial*.

Pero si además se estudia el proceso desde el punto de vista de una historia española, la pérdida de Cuba tiene significados añadidos porque la dominación colonial hispánica tiene su propia identidad. Expresa un modo típico de entender la colonización cultural, una concepción particular de los condicionamientos morales de la actividad económica, de concebir las relaciones entre convicción religiosa y poder político y entre autoridad espiritual y conocimiento científico. Todas estas diferencias arraigan en profundos sentimientos colectivos y cristalizan en un sistema específico de organización administrativa del imperio, que en su conjunto, rivaliza como alternativa a otras manifestaciones de la modernidad alentadas por el pensamiento ilustrado y que en España encuentra dificultades para propagarse.

Por eso, en la intermitente y larga "guerra de Cuba", España estaba derrotada mucho antes de la intervención de la todavía incipiente nueva potencia norteamericana. No sólo pierde una guerra desigual. Con ella

pierde definitivamente su "guerra fría" histórica con la modernidad ilustrada. Lo que subyace y, en gran parte explica las manifestaciones políticas y periodísticas más elocuentes, aunque no siempre resulte expreso, es que "la guerra de Cuba" no es una guerra particular, sino el desenlace de un proyecto de comprensión de la modernidad que estaba vencido hacía tiempo, pero que inspiró y alentó la aventura hispánica de la colonización.

Lo que distingue el tránsito español de la Edad Moderna a la Contemporánea, es la toma de conciencia de que el sentido alternativo de la aportación de España a la modernidad ha sido derrotado. Quiero subrayar la palabra "sentido". En la historia de la Modernidad, España ha representado un "modo" específico y particular de entender lo moderno. No se puede dudar, en todo caso, de la eficacia y fuerza de esos impulsos, pero me gustaría exponerlo de modo expresivo. Cuando se ve un mapa de Estados Unidos de hace dos siglos, se comprueba fácilmente que más de la mitad del actual territorio norteamericano era español. Los nombres de Florida y Los Ángeles, California y San Francisco, San Diego y San Antonio expresan la huella de una cultura, de ese modo de concebir la modernidad al que antes me referí. Lo que no queda tras esos nombres es la "cultura" que los dio origen, el "sentido" o conjunto de valores en cuyo nombre fue colonizado, con sus aciertos y sus defectos, casi todo un continente. Al contrario de lo que ocurre en Cuzco, Lima, Valparaíso o Santa Fe no hay ningún tipo de identificación del ciudadano que vive en estas ciudades con la cultura que les dio

nombre. Se identifican, sin embargo, con esa otra historia y otra cultura que acabó imponiéndose.

A finales del siglo XIX España vive todavía de las rentas de una expansión colonizadora cuyo sentido histórico se ha perdido. Al decir las "rentas" no me refiero a la economía, asunto que merece un tratamiento especializado, me refiero al mundo de valores socialmente compartidos, valores aglutinantes de un común sentimiento de identidad patriótica basado en una historia precedente. Estos valores constituyen principalmente una axiología de resistencia a no perder los signos que permiten interpretar el presente como una proyección de la historia pasada. Esta historia se puede exponer simplificadamente como la progresiva debilitación y posterior desgajamiento de un gran imperio del que todavía quedan, en el 98, restos significativos. Hoy sabemos que eran "restos" de una historia cuyo ciclo, su capacidad de resistencia y su sentido impulsor, se habían consumado. Pero, ¿cómo lo percibían los ciudadanos españoles del 98? ¿Qué sentían cuando todos los datos anunciaban el inminente "desastre"?

Aquí hay que distinguir para comprender mejor. La fragmentación del "imperio" se podía explicar como un tributo al sentido de los tiempos que no implicaba forzosamente la renuncia a esos valores en que se basaba el reconocimiento del presente como una manifestación del esplendor pasado. Al fin y al cabo, la "independencia de Hispanoamérica" podría ser interpretada como

un fenómeno connatural a un inevitable proceso de emancipación colonial, no históricamente desligado del de la "independencia americana". La pérdida del imperio colonial podía dejar un sentimiento de frustración pero no implicaba la pérdida de los valores en que se basaba la autoestima patriótica, ligada a ese pasado brillante del que Cuba, Puerto Rico y Filipinas eran los últimos restos.

Esto significa que no es posible considerar que las ideas y valores que hicieron posible esa expansión colonial puedan seguir valiendo para sostenerla o defenderla. En la palabra "valores" hay que incluir los productos que esos valores promueven históricamente. Es decir, las formas de organización social, política y administrativa que permitieron construir ciudades como El Callao, México, Puebla, Lima, Cuzco, en las que en apenas treinta años ya hay una administración colonial, una catedral, una Universidad, un cuartel, varios hospitales, conventos iglesias y ayuntamientos, ya no sirven para mantener la cohesión en torno al principio espiritual que infundió el vigor para crearlas. No sirven, en particular, frente a otras formas rivales que tratan de encauzar el cambio histórico. Por eso, España estaba derrotada mucho antes de que ocurriera el "desastre" del 98. Su propia historia era un peso, un ancla que la ataba al pasado y que haría inútil el intento de mantener ese fardo.

Lo que se lee en los periódicos sobre el 98 tiene que ver con esa sensación que en algunos se atisba de que en el fondo la principal enemiga de España era su propia historia, su sentido vencido de la modernidad. Los territorios *ultramarinos* eran a la vez *coloniales*. Resulta significativo que el lenguaje haya convertido en sinónimos ambas palabras. En el español actual apenas quedan vestigios de esa sugerente sinonimia. En suma, perder las colonias no significaba la pérdida del lazo que ligaba la historia presente con la estima por los valores en que se había cimentado la propia identidad nacional. Pero perder Cuba, era otra cosa. No sólo era perder lo que quedaba de las colonias. Los procesos colectivos de adaptación a la natural frustración provocada por la pérdida del imperio habían tratado de preservar Cuba de ese constante deterioro proyectando sobre la isla fuertes sentimientos de identidad mediante los que se justificaba el afán posesivo. Cuba era el último signo de esa axiología que se resistía a perder la relación de identidad con la historia pasada. Cuba no podía ser una colonia, debía estimarse como una parte de España. Cuba es España con todo lo que de anquilosamiento, de resistencia a la renovación, implica que una actitud patriótica, que entrevera, claro está, intereses económicos y sentimientos posesivos, dificulte un proceso de autonomía o se sustituya por un vínculo confederativo. Ese modo de ser considerada la españolidad de Cuba es un factor que impide la adaptación a circunstancias nuevas y coarta las naturales aspiraciones de muchos cubanos para quienes la dependencia admi-

nistrativa significa una considerable limitación de sus posibilidades de autogestión.

2. *La retórica editorial del fatalismo y la autoestima*

Eso explica dos cosas. Primero el *fatalismo* con que se acepta la pérdida de Cuba, como si de antemano se presintiera la inutilidad del esfuerzo por retenerla, y, segundo, la *obsesión por la autoestima*, compartida por los periódicos más radicales, que se convierte en un sistema de compensación psicológica colectiva por esa pérdida. Las actitudes periodísticas se escinden. Para parte de los periódicos la concesión de la autonomía es insuficiente para aplacar las aspiraciones independentistas de los cubanos: significaría la fase final del progresivo debilitamiento. Eso fue lo que impidió que prosperase el proyecto de Maura. Para otros, la autonomía es el único modo de mantener los lazos de dependencia. Lo que hace que la situación se convierta en un callejón sin salida es que ambas interpretaciones son igualmente válidas. Por eso, *la argumentación editorial* orientada a mantener la autoestima dentro de la calamidad, las apelaciones emocionales destinadas a reafirmar la identidad colectiva, son comunes a ambas actitudes, como también es común el retoricismo patriótico en que esa emotividad se expresa y el sentimiento de *fatalismo* con que se acepta el desenlace inexorable. Veámoslo con ejemplos de léxico y de textos seleccionados por un centenar de alumnos que durante tres meses es-

tuvieron examinando siete periódicos madrileños desde enero de 1897 a agosto de 1898 en la Hemeroteca Municipal de Madrid ⁽⁵⁾.

El género editorializante tiene considerable importancia en la época. Llama la atención la calidad literaria de los textos, a veces puramente retóricos. Pueden distinguirse dos tipos de editoriales. En los que calificaremos de *retoricistas* para distinguirlos de los *explicativos*, la argumentación se basa preferentemente en apelaciones emocionales a la identidad colectiva. El recurso es común a todos los periódicos, cualquiera que sea su tendencia. El campo semántico de la emotividad patriótica es la fuente principal del léxico de estos editoriales: "tristeza", "amargura", "patria", "debilidad del ánimo", "aplanamiento del espíritu", "humillación", "honor", "dignidad". En un editorial publicado en el *Heraldo de Madrid* titulado "El conflicto en pie", la palabra "humillación" es empleada hasta seis veces. Todos los editoriales publicados en la semana incluyen esta palabra "humillación". La palabra "guerra" se combina con "honor", como si ambas expresiones se exigieran o se compensaran mutuamente.

El 13 de enero de 1897, el diario *El Tiempo*, órgano personal de Silvela donde apareció el famoso artículo

⁽⁵⁾ Los alumnos se organizaron en grupos de siete y revisaron cada grupo tres semanas de 1897 y seis de 1898 de febrero a agosto.

“Sin pulso” en el que se suele reconocer el pregón de salida de la literatura llamada “del desastre”, expresaba los motivos por los que la concesión de la autonomía resultaba tan pernicioso como su negación, advirtiendo casi proféticamente que

“La autonomía arrancada a viva fuerza por una nación enemiga nuestra, no puede ser la paz. Será tregua aparente, una suspensión de hostilidades por algunos meses, quizás por un par de años, que servirá a los cubanos antiespañoles para acumular nuevos elementos de lucha... La autonomía tal y como la exigen los Estados Unidos y tal y como se intenta plantear, es el prólogo obligado de la separación... La autonomía y la reforma arancelaria han de ser causas de gravísimos trastornos en Cataluña, Vizcaya y otras regiones industriales, donde quedarán muchos millares de obreros sin trabajo y, por consecuencia, mayor miseria el día que se derogue el actual régimen económico de la península con nuestras provincias de Ultramar” ⁽⁶⁾.

Coincidía con la actitud de *El Siglo Futuro*, periódico confesional ultraconservador ⁽⁷⁾. El argumento an-

⁽⁶⁾ El argumento del paro laboral es utilizado durante el año 1898 por los principales periódicos.

⁽⁷⁾ En el momento en que se aplique el matafuegos arancelario sobre la insurrección cubana ha de estallar en la Península otro incendio mucho más pavoroso que el que arde en la Gran Antilla, con el combustible que por todas partes va acumulando el hambre y la miseria... Y no es lo más grave, con ser gravísimo,

ti autonómico no está, pues, ligado exclusivamente al sentimiento patriótico ni a la preservación de intereses colonizadores. El plan de reformas de Cánovas fue considerado por la prensa liberal como una manifestación de debilidad ante las exigencias norteamericanas.

Al proponer un proyecto de reformas Cánovas trataba de invalidar el argumento de los cubanos que, estimulados por las apetencias de dominación comercial norteamericana, aspiraban a la independencia, mientras se proponía simultáneamente dominar la insurrección mediante una campaña militar dirigida por el general Weyler. El plan triunfa momentáneamente en lo principal de ambas pretensiones. Dos circunstancias habrían de coincidir para alterar el rumbo de lo proyectado. Primero la sustitución del gobierno conservador por el liberal tras el asesinato de Cánovas. Segundo, el relevo de Cleveland por MacKinley en la presidencia norteamericana.

La opinión más solvente considera que Weyler hubiera ganado la guerra si es que ya no la había ganado cuando es relevado. De hecho, la prensa norteamericana que alienta los anhelos de independencia convierte a Weyler en protagonista principal de una campaña pe-

que para saciar la codicia *yankee* sacrifiquemos importantes industrias catalanas y vizcaínas porque las consecuencias se extienden mucho más lejos, y no sólo se ven amenazados de muerte los industriales de Cataluña, Vizcaya y las islas Baleares, sino todos los demás del resto de España".

riodística en la que es difícil discernir la noticia informativa de la deformación panfletaria. Pero también la posibilidad de que el plan triunfe, a menos a corto plazo, contribuye a arreciar los ánimos de la oposición. En lugar de proponer un debate de un asunto de Estado en el que Oposición y Gobierno habrían de adoptar un acuerdo, se trata como asunto de partido. Es posible que tuviera razón *El Tiempo* cuando aseguraba el 7 de febrero de 1897:

“Debemos consignar nuestra censura porque se haya prescindido de las Cortes... No se ha querido contar con las Cortes como si éstas sólo sirvieran para cosas de mayor empeño que quitar manchas, concejales...”

Pero cuando se advierte que el plan puede prosperar Sagasta, que no se había caracterizado por defender las tesis autonomistas, pero ve alarmado que Cánovas puede renovar el mandato, pronuncia un resonado discurso en el que propone el reconocimiento de la autonomía cubana, critica el reformismo y exige la destitución de Weyler. El discurso no sólo tiene influencia en España sino también en Cuba y en Estados Unidos. A partir de ese momento se da carta de reconocimiento en España a la campaña de descrédito emprendida por los independentista contra el general Weyler cuya política de pacificación militar es vilipendiada por la prensa norteamericana.

Coincidiendo con esa campaña, Sagasta convierte a Weyler en el centro de la oposición liberal a Cánovas. Cuando éste es asesinado es evidente que el nuevo gobierno no puede mantener al general sin entrar en contradicción con sus propias propuestas. Sagasta llega al poder cuando el general había prácticamente consumado su campaña. El relevo implica desandar lo andado, animar los ánimos reivindicativos y alentar las apetencias norteamericanas. Para neutralizar esos efectos Sagasta se apresura a conceder la autonomía. Era demasiado tarde. Es posible que la oportunidad se perdiera definitivamente al rechazar las Cortes, por presiones cubanas, el Plan de autogobierno propuesto por Maura en 1892. Esto no significa que alguna vez se hubiera estado a tiempo, ni que, si Weyler hubiera acabado imponiéndose, se hubiera asegurado la soberanía española y disipado el ansia independentista.

España podía ganar la guerra de Cuba mientras fuera *interna*. Weyler lo había prácticamente conseguido. La rebeldía era limitada. Pero a medio plazo ¿cómo prever el alcance de una pacificación impuesta por las armas mientras la insurrección siguiera alimentándose desde fuera por los intereses jingoístas y el amparo que obtenía el independentismo radical? La pregunta que hoy podríamos hacernos es: ¿pudo la perspicacia de los políticos haber evitado los acontecimientos, neutralizando la disolvente ingerencia norteamericana con una regulación de la autonomía a tiempo o, en cualquier caso, la concesión de la autonomía hubiera acabado

siendo un instrumento de los propios insurrectos para forzar la posterior independencia?

En el lenguaje periodístico de la época, y ya analizaremos después cuales son los rasgos de ese lenguaje, el editorialista de *El Imparcial* escribe el 22 de febrero:

“Los cubanos pueden interpretar que los cambios (autonómicos) es (*sic*) sólo de personas... Coexisten dos revoluciones en Cuba: una la que pretende hacer la manigua contra España, otra la que representa el régimen nuevo respecto del antiguo régimen. ¿Hasta qué punto esta segunda puede servir para descargar la primera?... si los autonomistas renuncian a causa de su propia división, a un gabinete insular ¿qué necesidad hay de hacerlo?”.

Hay dos cosas en que reparar de este editorial de *El Imparcial*. Una, la duda acerca de la eficacia de la concesión de la autonomía. El periódico no es *El Siglo Futuro*. Lo que quiero enfatizar es que esa renuencia a la autonomía procede de la conciencia de la dificultad de concederla por los condicionamientos a que está expuesta. Por un lado, los intereses de las oligarquías dominantes en la península y en la isla. Por otro, la dificultad de parar los ánimos independentistas alentados por los norteamericanos.

La segunda cosa que llama la atención, y puede ser un buen botón de muestra de la dificultad de trascen-

der esos intereses, es que *El Imparcial* no distinga, calificando con el mismo término de "revolución", una reforma legal y un levantamiento insurreccional.

El Imparcial es el más importante diario de la época, de tendencia liberal, exponente de ese nuevo periodismo empresarial, informativo y profesionalizado que marcará la evolución de la actividad periodística. La actitud que adopta hacia la guerra podría resumirse así: hay (el Gobierno tiene) que encontrar alguna forma de perder Cuba que no pueda ser interpretada como una claudicación o una enajenación comercial. Cuba es España no un territorio que se pueda vender. Y para prescindir dignamente de una parte de España es necesario perder dignamente una guerra. Prácticamente toda la prensa comparte este punto de vista: si hay que perder Cuba hay que perder una guerra con Estados Unidos, pues el único modo digno de perderla.

Del examen de los periódicos se desprende:

- Que el gobierno iba a la guerra sabiendo que iba a perderla.
- Que la preservación de un conjunto de valores morales típicos, que podemos representar en "el honor" y la "dignidad", es la única compensación que permite mantener la autoestima colectiva interpretada como una tradición histórica que, aunque termina justamente con la derrota, per-

manece etéreamente incólume en la supervivencia de esos valores.

La idea de que Cuba estaba perdida era anterior a la guerra con Estados Unidos. El diario *El Progreso* lamentaba ya el 14 de enero de 1898:

“en el fondo de este abismo que se abre caerá también la soberanía de la Patria en Cuba. Cuba está moralmente perdida para España” (Nº 75).

De la lectura de los periódicos se desprende que el Gobierno va a la guerra sin convicción alguna, como solución más airosa, porque permite mantener la autoestima nacional apelando retóricamente a esos valores morales como refugio compensatorio psicológico a la derrota.

De las actitudes editoriales la más significativa es la del periódico progubernamental *El Imparcial*, que cambia, con sorprendente rapidez, de promover la guerra a anticipar cuanto antes la paz.

El día 16 de febrero de 1898, mientras explota el *Maine* en La Habana, *El Imparcial* publica un editorial en el que alienta la confrontación. El lenguaje se condensa retóricamente para hacer verosímil la propuesta belicista aunque el argumento mismo lleva implícito la justificación de la posible derrota. Como ya vimos que

ocurría en *El Herald*o. la palabra "humillación" se repite cuatro veces ⁽⁶⁾.

"Es el colmo de la debilidad del ánimo figurarse que vamos a desarmar a los *yankees* a fuerza de paciencia... España quiere más honra sin Cuba que Cuba sin honra... No debemos tomar ninguna iniciativa hostil, pero no debemos ceder ya a ninguna exigencia inicua", concluye el editorialista.

Ese mismo día el periódico publica una información sobre "cómo están las defensas de los Estados Unidos". El corresponsal anónimo recoge las manifestaciones de congresistas y altos mandos militares norteamericanos que tratan de persuadir a la Cámara para que vote nuevos créditos destinados a reforzar la Marina y las defensas de la costa. La interesada exageración de las descripciones de congresistas y militares que reclaman créditos sobre la mala situación del ejército son presentadas implícitamente por el diario como prueba de la superioridad de la Armada y del ejército español. La información se selecciona al servicio de la línea editorial. Cuando, al día siguiente, el periódico da cuenta de la voladura del *Maine*, incluye este curioso y sorprendente comentario:

⁽⁶⁾ Si se examina el lenguaje editorial se advertirá la frecuencia con que los editorialistas recurren a la idea de "humillación" como única alternativa a la "guerra".

“No acaban aquí las enseñanzas del lamentable y cruento suceso, porque también da origen a otras ideas que de cierto causarán impresión, aun entre los más exaltados y fanáticos partidarios que la guerra pueda tener en los Estados de la Unión. No puede fiarse todo a la pujanza de una docena de naves, desconsiderando la razón, porque cualquier accidente acredita la fragilidad de esas grandes máquinas... Y al paso que se pierde y desgasta el poderío de los elementos materiales, nótese que permanece inalterable y a la postre victorioso el imperio del derecho” ⁽⁹⁾.

A la vista del posterior desarrollo de los acontecimientos, se puede considerar el grado de “voluntarismo” al que sirve esa retórica. Pero si se piensa que la

⁽⁹⁾ Las referencias a las deficiencias militares norteamericanas son constantes. El 9 de febrero, antes de la voladura de *El Maine*, el diario *El País* publica un editorial titulado “La guerra con los Estados Unidos” en el que da cuenta de que “si para vencer a la insurrección cubana han sido transportados 250.000 soldados españoles a las playas cubanas, playas tienen los Estados Unidos donde desembarquen nuestros bizarros batallones, y aún puede que entre nuestros heroicos oficiales aliente algún Escipión que sepa triunfar de los modernos cartagineses...”

Los ejércitos mercenarios como tendrían que ser los de Norteamérica, han sido siempre vencidos. Roma venció a Cartago como las falanges griegas habían antes vencido a los ejércitos de Xerxes”. Si el voluntarismo hace las comparaciones confusas lo que se disputará si está meridianamente claro en el final del texto: “Los Estados Unidos que nos insultan y provocan, pueden tener por seguro que han de comprar muy cara la victoria, si acaso en el libro del destino está escrito que al terminar el siglo XIX pierda España los últimos restos de sus posesiones en América”.

ingenuidad tiene límites, cabe margen a la sospecha: el periódico estaba justificando un conflicto con los norteamericanos a sabiendas de que era imposible ganar, enardecía el espíritu para hacer digerible una guerra perdida de antemano. El 3 de marzo el *Heraldo de Madrid* puntualizaba:

“No por el gusto de descubrir y lamentar nuestra inferioridad, sino porque estamos convencidos de que la serie de nuestras desdichas no acabará nunca... establecemos esta comparación entre la rapidez de las construcciones navales *yankees* y la lentitud de las nuestras... los créditos para la escuadra se votaron en los Estados Unidos el año 84 y en España el año 87... en ese tiempo los arsenales de aquella nación han construido media docena de acorazados... los de nuestra patria ni uno solo... viéndonos en evidente estado de inferioridad... Ningún secreto violamos al hacer esta confesión. El Gobierno de Washington conoce muy bien... el estado de nuestras fuerzas navales... ni siquiera la probabilidad de una guerra exterior nos ha sacado de nuestra apatía” ⁽¹⁰⁾.

⁽¹⁰⁾ Sin embargo, todavía el 24 de abril el diario *El Correo* publica una comparación entre las fuerzas norteamericanas y las españolas; el 25 de reproduce un artículo publicado el 24 en *Le Temps* donde se dice que “la organización del ejército norteamericano... no es sino una guardia nacional sin preparación ninguna para una movilización...” El 26 reproduce otro del *Times* en el que se describe la superioridad de la escuadra norteamericana para mantener el bloqueo de Cuba. El editorialista termina con una observación pragmática: “España ha dado frecuentes

Con todo, pocos días después, el 25 de marzo, no veía otra salida que la guerra o la humillación:

“Tolerar que tras... las humillaciones que se nos han impuesto se nos atropelle... entre eso, que sería el suicidio, y la muerte peleando (dado e caso de que no hubiese probabilidad de vencer, que sí la hay), la elección no es dudosa” .

E incluye entre paréntesis esa frase claramente discordante con el editorial del día 3.

Fue *El Imparcial* el periódico que, habiendo justificado la guerra, al poco tiempo de iniciarse se apresura a reclamar su fin, en un editorial significativamente titulado “La venta de la paz”. Entonces afirma que “advertíamos lo inevitable del choque” (cuando lo que hizo fue alentarlo):

pruebas de reserva y paciencia, al mismo tiempo que el patriotismo y el valor figuran entre sus más nobles cualidades.

En Europa, donde la opinión le es resueltamente favorable, se reconoce que, sea cualquiera el resultado de la guerra, España no ganaría nada, y sus mejores amigos lamentan que no cediese a la necesidad de llegar a una transacción mucho antes que la intervención de los Estados Unidos hubiese afectado a su honor”. El problema es que, a los ojos españoles, una transacción desmerecía del sentido español del honor. De hecho, los norteamericanos propusieron comprar la isla. Pero para los españoles, perder las colonias con honor era la única salida honorable.

“si por no afrontar la guerra con los Estados Unidos hubiéramos reconocido la independencia de Cuba y evacuado la isla, en Puerto Rico nos esperaba la segunda parte del drama. Los elementos separatistas habrían sido estimulados a la rebelión hasta aburrirnos y obligarnos a abandonar para siempre el Mundo que por nuestro mal descubrimos un día” (28 de julio de 1898).

La impresión de que la guerra de Cuba es aceptada como la menos mala de las soluciones siempre que la pérdida de la isla pueda psicológicamente compensarse con la preservación de aquellos valores con los que históricamente se identificó la construcción de la empresa de la colonización española del Nuevo Mundo, se refuerza con la lectura de los editoriales de la época. Cuando el desenlace es previsible, los periódicos insisten en que se fue a la guerra sin convicción alguna. Entre la selección de textos expresivos hay que destacar un artículo publicado el 22 de junio de 1898 en el diario *El Pueblo* de Valencia por el fundador del periódico, Vicente Blasco Ibáñez, entonces joven periodista valenciano, republicano y radical, llamado a ser con el tiempo uno de los mejores novelistas de la Generación del 98:

“La nación que... acepta una lucha acogiendo con fanfarronadas los preparativos del enemigo, y a los dos meses, cuando aún no ha experimentado derrotas aplastantes, cuando aún no ha sostenido batallas en

tierra, cuando le quedan hombres, pólvora y balas para continuar la lucha, pide misericordia y se humilla rastrearmente ante el contrario, despojándose de todo cuanto quieran exigirla, esa es una nación cobarde.

¿Sabían hace dos meses que España carece de elementos para sostener una lucha con los Estados Unidos? Pues debieron evitar la guerra, en vez de acelerarla con el fin de halagar los sentimientos patrióticos y dar cierta popularidad a la monarquía.

Cuando se trataba de combatir a cubanos y filipinos, que aunque rebeldes al fin son españoles y hablan nuestra lengua, entonces mucho desplante enérgico y rotundas negativas de arreglar por medio de la libertad lo que inútilmente ha querido resolverse por las armas; y ahora que hay que combatir a verdaderos enemigos, a extranjeros hostiles a nuestra raza y nuestras costumbres, mucho miedo, muchas cobardía e inocuos deseos de terminar cuanto antes el conflicto, aun a costa de la desmembración de la patria”...

Al acusar al Gobierno y a la Monarquía de “miedo” y “cobardía”, Blasco Ibáñez ataca donde más duele, pues todo el esfuerzo retórico oficial y periodístico se orienta a preservar el “honor” y la “dignidad”.

En su editorial del 26 de julio *El Liberal* un diario rival de *El Imparcial*, desgajado en 1879 de este mismo

periódico, argumentaba del mismo modo que Blasco Ibáñez

“...nos parece bien el acuerdo de paz adoptado, no porque lo consideremos mejor, sino porque con él se acabarán de una vez las indecisiones y las medidas intermedias. Bueno o malo el cambio, no sufrirá la nación, al emprenderlo, daños tan enormes... Del flojo empeño de *sostener una campaña en cuyo éxito venturoso no se tenía fe...*”

Ese mismo día *El Heraldo* coincidía en su argumento:

“si realmente no se tenía fe en la guerra, ni se sabía hacer nada para organizarla, el gobierno pudo haber pedido la paz antes, y no se habrían producido pérdidas innecesarias...”

Más significativa todavía es la actitud del diario *El País*, un periódico que, obsérvese bien cuando luego reparemos en el lenguaje que emplea, se autodefine como “Diario republicano revolucionario”. El 1 de julio de 1898 en un significativo editorial titulado “La traición en el poder” asegura:

“Sabía el Gobierno que la escuadra de Montoro, de madera, tenía que ser pulverizada por la de Dewey, de hierro... y aún así no envió los barcos protegidos de que disponía en la Península... La paz será un hecho dentro

de quince o veinte días, merced al celo y habilidad con que el gobierno ha organizado la derrota”.

El periódico advierte que a la vez que se permite la destrucción de la escuadra se glorifica a los soldados y marinos porque saben resistir con honor. “Honor” es el valor clave que se ha de preservar y a cuyo afianzamiento contribuye el propio periódico mientras acusa al Gobierno, al igual que Blasco Ibáñez, de cobardía, de traición:

“La nación puede tener la seguridad de que perderá los restos de los dominios coloniales con grandeza” (4 de julio de 1898).

“Gloria, gloria inmarcesible han conquistado... El honor de las armas españolas ha quedado immaculado. Nuestro Ejército ha demostrado que sigue siendo digno de su legendaria historia. La nación puede tener la seguridad de que perderá los restos de los dominios coloniales con la misma grandeza con que perdió Flandes y la América Continental... El respeto del mundo nos seguirá acompañando después de esta guerra” (4 de julio de 1898).

Días más tarde, cuando la derrota de Santiago de Cuba está consumada, *El País* insiste en el fatalismo de la guerra:

“Si la paz ha de costar más de lo que vale, preferible es la guerra, aunque haya de ser un suicidio” (29 de julio de 1898).

Aunque el periódico lo diga críticamente su comentario refuerza el argumento del Gobierno para ir a la guerra. “La nación española puede ser vencida, pero jamás impunemente afrentada”, había dicho Sagasta en el Congreso de los Diputados el 27 de abril de 1898.

Alguien, pues, pudo haber pensado que la independencia de Cuba era inevitable. La isla un lastre imposible de mantener, y la concesión de la autonomía un remedio tardío e insuficiente. Una guerra digna sería una solución de algún modo “popular”. Salvaguardar la honra de los barcos en una guerra perdida de antemano podía ser la contrapartida espiritual de la pérdida material de la Armada y de Cuba.